

## 6

*Pregunta: ¿Cómo vivir?*

*Respuesta: Usa pequeños trucos*

## PEQUEÑOS TRUCOS Y EL ARTE DE VIVIR

En lo que respecta a los filósofos académicos, Montaigne solía mostrarse desdeñoso: le disgustaban sus pedanterías y abstracciones. Pero mostraba una fascinación sin límites por otra tradición en filosofía: la de las grandes escuelas pragmáticas que exploraban cuestiones como por ejemplo cómo soportar la muerte de un amigo, cómo aumentar nuestro valor, cómo actuar bien en situaciones de dificultad moral y cómo sacar el máximo partido a la vida. Éstas eran las filosofías a las que se volvía en tiempos de dolor o de miedo, así como en busca de guía para lidiar con irritaciones de poca importancia en el día a día.<sup>1</sup>

Los tres sistemas de pensamiento de este estilo más famosos eran el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo, unas filosofías conocidas colectivamente como helenísticas porque tenían sus orígenes en la era en que el pensamiento y la cultura griega se extendieron hacia Roma y otras regiones del Mediterráneo, desde el siglo III a.C. en adelante. Diferían en algunos detalles, pero estaban tan cerca en lo esencial que eran difíciles de distinguir la mayor parte del tiempo. Como todos los demás, Montaigne las combinó y mezcló según sus necesidades.

Todas estas escuelas tenían el mismo objetivo: conseguir una forma de vivir conocida en el original griego como *eudaimonia*, que a menudo se traduce como «felicidad», «alegría», o «florecimiento humano». Eso significaba vivir bien en todos

los sentidos: prosperar, disfrutar de la vida, ser buena persona. También estaban todas de acuerdo en que el mejor camino hacia la *eudaimonia* era la *ataraxia*, que se podría traducir como «imperturbabilidad», o «liberación de la ansiedad». *Ataraxia* significa equilibrio: el arte de mantener la estabilidad, de tal modo que no estés exultante cuando las cosas te van bien ni te hundas en la desesperación cuando se tuercen.<sup>2</sup> Alcanzar ese estado es controlar tus emociones, para no verte apaleado o arrastrado por ellas como un hueso por el que lucha una jauría de perros.

Las filosofías divergían en el asunto de cómo adquirir tal ecuanimidad. Cada una de ellas tenía una idea distinta, por ejemplo, de hasta qué punto debía uno comprometerse con el mundo real. La comunidad epicúrea original, fundada por Epicuro en el siglo IV a.C., requería que sus seguidores dejaran a sus familias y vivieran en un «jardín» privado, como los miembros de un culto. Los escépticos preferían permanecer entre todo el bullicio público como los demás, pero con una actitud mental radicalmente distinta. Los estoicos estaban en medio. Los dos escritores estoicos más conocidos, Séneca y Epicteto, escribían para una élite de lectores romanos que estaban muy implicados en los asuntos de su época y no tenían tiempo para jardines, pero deseaban oasis de tranquilidad y serenidad allá donde se pudieran encontrar.

Los estoicos y los epicúreos compartían también gran parte de sus teorías. Pensaban que la capacidad de disfrutar de la vida se ve mermada por dos grandes debilidades: la carencia de control de las emociones y la tendencia a prestar poca atención al presente. Si uno pudiera arreglar esas dos cosas («controlar» y «prestar atención») la mayoría de los problemas acabarían por solucionarse solos. El truco es que ambas cosas son casi imposibles de hacer. Tan difíciles son que no podemos acercarnos a ellas directamente. Es necesario abordarlas desde ángulos laterales, y engañarse a sí mismo para conseguirlas.

Por tanto, los pensadores estoicos y epicúreos pasaban mucho tiempo imaginando técnicas y concibiendo experimentos. Por ejemplo: imagina que hoy es el último día de tu vida. ¿Estás realmente preparado para enfrentarte a la muerte? Imagi-

na, incluso, que este preciso momento (¡ahora!) es el último momento de tu existencia. ¿Qué sientes? ¿Te arrepientes de algo? ¿Hay cosas que desearías haber hecho de otra manera? ¿Estás realmente vivo en este momento, o bien consumido por el pánico, la negación y los remordimientos? Este experimento te abre los ojos a lo que es importante para ti, y te recuerda que el tiempo corre sin cesar y se te escapa entre los dedos.

Algunos estoicos incluso han representado esos experimentos del «último momento» con atrezzo y actores secundarios. Séneca escribió que un hombre rico llamado Pacuvio<sup>3</sup> llevaba a cabo una ceremonia funeraria completa para sí mismo todos los días, que acababa con un festín después del cual hacía que le llevaran desde la mesa a la cama en un féretro, mientras todos los invitados y sirvientes entonaban: «Ha vivido su vida, ha vivido su vida». Se podía conseguir el mismo efecto de una manera mucho más sencilla y barata teniendo presente la idea del propio fallecimiento y prestándole plena atención. El escritor epicúreo Lucrecio sugería que uno se representase a sí mismo en el momento de la muerte, y considerase dos posibilidades. O bien has vivido bien, en cuyo caso puedes seguir tu camino satisfecho, como un huésped bien alimentado que abandona una fiesta. O bien no ha sido así, pero entonces no importa que estés perdiendo tu vida, ya que obviamente no sabías qué hacer con ella, de todos modos. Esto te puede ofrecer escaso consuelo en el lecho de muerte, pero si piensas en ello en la mitad de la vida, te ayuda a cambiar tus perspectivas.

Tales cambios de actitud son el objetivo de muchos de los experimentos mentales. Si has perdido a alguien o algo precioso, puedes intentar valorarlo de forma diferente imaginando que nunca conociste a esa persona, o que nunca poseíste tal objeto.<sup>4</sup> ¿Cómo se puede perder algo que nunca se ha tenido? Un ángulo distinto produce una emoción diferente. Plutarco sugería un truco semejante en una carta a su mujer, después de que muriese su hija de dos años: le aconsejaba volver al momento en que la niña no había nacido aún, y fingir que todavía se encontraba en aquellos tiempos. No sabemos si aquello la consoló, pero al menos le dio algo en que concentrarse, en lugar de nadar en un océano de sufrimiento indistinto. Montai-

gne y La Boétie conocían bien aquella carta, porque La Boétie la había traducido al francés y Montaigne había corregido su traducción para publicarla. Quizá volviese a la mente de Montaigne cada vez que moría una de sus hijas, y también cuando perdió a La Boétie. La amistad había sido tan corta que no habría sido difícil recordar un tiempo anterior y recapturar su despreocupación previa a La Boétie.

Tales trampas de la imaginación se pueden usar en situaciones triviales y en otras extremas del mismo modo; son efectivas incluso contra vagas sensaciones de aburrimiento o depresión. Si te cansa todo lo que posees, sugiere Plutarco, finge que has perdido todas esas cosas y las echarás de menos desesperadamente. Ya sea el objeto un plato favorito, un amigo, una amante o la buena suerte de vivir en tiempos de paz y con buena salud, este ejercicio mágicamente hace que parezca que vale la pena tenerlo, después de todo. El principio es el mismo que cuando pensamos en la muerte: enfrentados con la idea de perder algo «ahora», nos damos cuenta de su valor.

La clave es cultivar la atención o *prosoche*, otro término clave griego. Una atención consciente es el truco que subyace debajo de muchos de los otros trucos. Es una llamada a atender el mundo interior... y por tanto, también el mundo exterior, porque la emoción descontrolada vuelve borrosa la realidad igual que las lágrimas vuelven borrosa la visión. Cualquiera que aclare su visión y viva con plena conciencia del mundo tal y como es, dice Séneca, nunca se aburrirá de la vida.<sup>5</sup>

Una persona que no pasa sonámbula por el mundo, además, es libre de responder a las situaciones de la manera correcta, sin dudas, como si se le hiciera una pregunta repentina, tal y como dice Epicteto.<sup>6</sup> Un ataque violento, una pelea, la pérdida de un amigo: todas son exigencias que nos vocifera la vida, como un maestro de escuela que intenta atraparte cuando no atiendes a la clase. Incluso un momento de aburrimiento es un cuestionamiento de ese tipo. Ocurra lo que ocurra, por muy imprevisto que sea, hay que saber responder de una manera precisa y adecuada. Por eso, para Montaigne, aprender a vivir «adecuadamente» (*à propos*) es la «obra maestra mayor y más gloriosa» de la vida humana.

Estoicos y epicúreos por un igual buscaban ese objetivo sobre todo a través del ensayo y la meditación. Como jugadores de tenis que practican voleas y remates durante horas, ellos ensayaban durante horas para abrir los surcos de la costumbre, por los cuales correría su mente de una forma tan natural como el agua por el lecho de un río. Es una forma de autohipnotismo. El emperador Marco Aurelio, gran estoico romano, llevaba cuadernos de notas en los cuales hablaba de los cambios de perspectiva que deseaba introducir hondamente en sí mismo:

Qué bueno es, cuando tienes ante ti carne asada o algún alimento similar, imprimir en tu mente que es el cadáver de un pez, o el cadáver de un ave o de un cerdo; y de nuevo, que el vino de Falerno no es más que jugo de uvas, y tu túnica de borde púrpura es simplemente el pelo de una oveja empapada en la sangre de un molusco. Y en la relación sexual, que no se trata más que de la fricción de una membrana y de un chorro de mucosidad expulsado.

En otras ocasiones, se imaginaba que volaba hasta el cielo para poder mirar hacia abajo y ver lo insignificantes que eran todas las preocupaciones humanas desde semejante distancia.<sup>7</sup> Séneca lo hacía también: «Coloca ante los ojos de tu mente la vasta extensión del abismo del tiempo, y considera el universo, y entonces contrasta lo que llamamos vida humana con el infinito».<sup>8</sup>

Otra práctica de los estoicos consistía en visualizar el tiempo dando vueltas sobre sí mismo, a lo largo de los eones. Así, Sócrates podía nacer de nuevo y enseñar en Atenas igual que había hecho por primera vez; incluso la mariposa batía sus alas de la misma manera; cada nube pasaba por el cielo a la misma velocidad. Uno mismo podía vivir de nuevo, y tener los mismos pensamientos y emociones que antes, una y otra vez, sin fin.<sup>9</sup> Esta idea aparentemente terrorífica traía consuelo porque (como las demás ideas) mostraba los propios problemas fugaces de uno a una escala reducida. Al mismo tiempo, como todo lo que habías hecho alguna vez volvía para acosarte de nuevo,

todo «importaba». Nada desaparecía, nada podía ser olvidado. Meditar sobre todo esto te obligaba a prestar más atención a la forma que tenías de vivir tu vida cotidiana. Suponía un desafío, pero también conducía a un cierto tipo de aceptación: a lo que los estoicos llamaban *amor fati*, o amor al destino. Como dijo el estoico Epicteto:

No quieras que todo lo que ocurre ocurra como tú deseas, y en cambio desea que todo ocurra tal y como ocurre en realidad, y tu vida será serena.<sup>10</sup>

Uno debería poder aceptarlo todo tal y como es, de buen grado, sin incurrir en el fútil deseo de cambiarlo. Montaigne parecía encontrar fácil ese truco: venía a él de forma natural. «Si tuviera que vivir de nuevo», aseguraba, alegremente, «viviría como he vivido».<sup>11</sup> Pero la mayoría de la gente tenía que practicar, y ahí es donde venían los ejercicios mentales.

Séneca tenía un truco extremo para practicar el *amor fati*. Era asmático, y los ataques le llevaban casi hasta el punto de la asfixia.<sup>12</sup> A menudo sentía que estaba a punto de morir, pero aprendió a usar esos ataques como oportunidad filosófica. Mientras tenía la garganta cerrada y sus pulmones luchaban



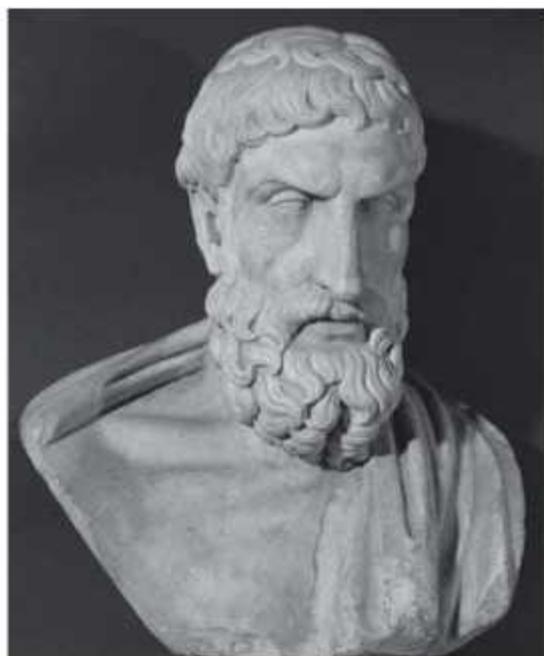
*Séneca*

por respirar, intentaba abrazar lo que le estaba ocurriendo: decirle «sí». Yo «quiero» este mal, pensaba, y si es necesario, «quiero» morir de él. Cuando el ataque remitía, surgía de él sintiéndose más fuerte, porque había presentado batalla al miedo y lo había derrotado.

Los estoicos eran especialmente dados a ensayos mentales despiadados de todas las cosas que más temían. Los epicúreos estaban más inclinados a apartar su visión de las cosas terribles y concentrarse en lo que era positivo. Un estoico se comporta como un hombre que tensa los músculos del estómago e invita al oponente a que le dé un puñetazo. Un epicúreo prefiere no solicitar puñetazo alguno y, cuando ocurren cosas malas, sencillamente, se aparta del camino. Si los estoicos son boxeadores, los epicúreos están más cerca de los practicantes de las artes marciales orientales.

Montaigne encontraba el enfoque de los epicúreos más agradable en la mayoría de las situaciones, y llevaba sus ideas más lejos aún.

Aseguraba envidiar a los lunáticos, porque siempre estaban en otro lugar, mentalmente. Una forma extrema de desviación epicúrea. ¿Qué importa que la idea que tiene un loco del mundo esté sesgada, mientras sea feliz? Montaigne recuperó



*Epicuro*

historias clásicas como la de Licas, que vivía su vida cotidiana e incluso desempeñaba un trabajo con éxito creyendo que lo que veía tenía lugar en escena, como representación teatral. Cuando un médico le curó sus delirios, Licas se sintió tan desgraciado que demandó al médico por robarle el placer de su vida. De manera similar, un hombre llamado Trasilo alimentaba la creencia de que cada barco que entraba y salía de su puerto local del Pireo llevaba una carga maravillosa sólo para él. Era feliz siempre, porque disfrutaba cada vez que un barco arribaba sano y salvo a puerto, y no parecía preocuparle que las cargas nunca llegasen a materializarse. Pero ay, su hermano Critón hizo que trataran su delirio, y eso fue el fin.<sup>13</sup>

No todo el mundo puede tener el beneficio de estar loco, pero cualquiera puede facilitarse la vida bajando un poquito la luz de su razón. Con la pena, en particular, Montaigne se dio cuenta de que no se recuperaba sencillamente hablándose a sí mismo del tema. Intentó algunos trucos de los estoicos, y no temió concentrar su atención en la muerte de La Boétie el tiempo suficiente para escribir su relato. Pero la mayor parte del tiempo, encontraba más útil desviar su atención a otra cosa totalmente distinta:

Se apodera de mí una idea dolorosa; encuentro más rápido cambiarla que someterla. La sustituyo por una contraria, o si no puedo, por una distinta. La variación siempre alivia, disuelve y disipa. Si no puedo combatirla, huyo de ella, y al huir me desvío, taimado.<sup>14</sup>

Usaba la misma técnica para ayudar a otros. Una vez, intentando consolar a una mujer que (a diferencia de otras viudas, se entiende) sufría verdadera pena por la muerte de su marido,<sup>15</sup> consideró primero los métodos filosóficos más habituales: recordarle que no se conseguía nada con lamentos, o persuadirla de que podía no haber conocido nunca a su marido. Pero al final pensó en un truco distinto: «Con suavidad, desviamos nuestra conversación y la fuimos apartando poco a poco hacia temas cercanos, y luego cada vez un poco más alejados». La viuda parecía prestar poca atención al principio, pero al final los

otros temas captaron su interés. Así, sin que ella se diese cuenta de lo que estaba ocurriendo, «imperceptiblemente la aparté de aquellos pensamientos dolorosos y la mantuve con buen humor y enteramente consolada mientras estuve allí». Admitió que todo aquello no iba a la raíz del dolor de la mujer, pero sí que podía sacarla de una crisis inmediata, y con toda seguridad permitía al tiempo que empezase su propio trabajo natural.

En parte aquello procedía de las lecturas epicúreas de Montaigne; en parte, también de su propia experiencia, ganada a pulso. «Una vez me vi afligido por una pena abrumadora»,<sup>16</sup> decía, pensando en La Boétie, obviamente. Pudo haberle destruido, de haber confiado sólo en los poderes de su razón para que le rescatasen. Por el contrario, comprendiendo que necesitaba «alguna distracción vehemente», consiguió enamorarse de alguien. No dice de quién, y según parece el asunto fue insignificante, pero le dio a sus emociones un lugar al que dirigirse.

Trucos similares funcionaban también para otra emoción no deseada: la ira. Montaigne en una ocasión curó con éxito a un «joven príncipe», probablemente Enrique de Navarra (el futuro Enrique IV), de una peligrosa pasión por la venganza. No intentó convencerle de que no lo hiciera, ni aconsejarle que pusiera la otra mejilla, ni le recordó las trágicas consecuencias que de ella podían resultar. Ni siquiera mencionó los temas de la ira o de la venganza en absoluto:

Dejé a un lado esa pasión y me dediqué a hacerle disfrutar de la belleza de una imagen contraria: el honor, el favor, la buena voluntad que adquiriría mediante la clemencia y la amabilidad. Le desvié hacia la ambición. Así fue como se hizo.<sup>17</sup>

Más tarde, Montaigne usaría el truco de la distracción contra su propio miedo de hacerse viejo y morir. Los años le empujaban hacia la muerte; él no podía evitarlo, pero no tenía por qué mirarla de frente. Por el contrario, eligió otro camino y se calmó mirando hacia atrás con placer, hacia su juventud y su niñez. Así, dijo, consiguió «apartar suavemente y desviar la mirada de ese cielo tormentoso y nublado que tengo delante de mí».<sup>18</sup>

Se convirtió en un conocedor tan íntimo de la técnica de apartarse a un lado que incluso encontraba admirables los juegos de prestidigitación políticos, mientras no se usaran para apoyar la tiranía. Una historia que le gustaba mucho era la de Zaleuco, príncipe de los locrios de la antigua Grecia, que redujo los gastos excesivos de su reino.<sup>19</sup> Ordenó que cualquier mujer pudiera ser atendida por varias doncellas, pero sólo cuando estuviera borracha, y que pudiese llevar todas las joyas de oro y vestidos bordados que quisiera, mientras trabajase como prostituta. Un hombre sólo podía llevar anillos de oro si era proxeneta. Y funcionó: la joyería de oro y los grandes séquitos desaparecieron de la noche a la mañana y sin embargo nadie se rebeló, porque nadie sintió que le hubiesen obligado a nada.

A partir de su propia experiencia de la proximidad a la muerte, Montaigne aprendió que el mejor antídoto para el miedo era confiar en la naturaleza: «No preocupes tu cabeza con eso». Tras perder a La Boétie, había descubierto ya que ésa era la mejor manera de combatir el dolor. La naturaleza tiene sus propios ritmos. La distracción funciona bien precisamente porque es acorde con la forma en que están hechos los seres humanos: «Nuestros pensamientos siempre están en otro lugar». Es natural para nosotros perder la concentración, apartar la mente tanto de penas como de placeres, «rozando apenas la corteza» de todos ellos. Lo único que necesitamos es permitirnos ser como somos.<sup>20</sup>

Montaigne tomó de sus lecturas estoicas y epicúreas lo que le funcionaba, igual que sus propios lectores siempre tomarían lo que necesitaban de los *Ensayos* sin preocuparse por el resto. Para sus contemporáneos, esto significaba sacar partido de sus fragmentos más estoicos y epicúreos. Ellos interpretaron su libro como un manual para vivir, y le alabaron como filósofo al viejo estilo, lo bastante grande para codearse con los originales. Su amigo Étienne Pasquier le llamaba «otro Séneca en nuestra lengua».<sup>21</sup> Otro amigo y colega de Burdeos, Florimond de Raemond, ensalzaba el valor de Montaigne frente a los tormentos de la vida, y aconsejaba a los lectores que se volvieran hacia él en busca de sabiduría, especialmente en el sentido de aceptar la muerte. Un soneto de Claude Expilly, publi-

cado con una edición de 1595 del libro de Montaigne, alababa a su autor y lo tildaba de «magnánimo estoico», y hablaba con calidez de su manera varonil de escribir, su intrepidez y su capacidad de dar fuerza a las almas más débiles. Los «valientes ensayos» de Montaigne serán alabados en los siglos venideros, afirmó Expilly, porque, como los antiguos, Montaigne enseña a la gente a hablar bien, a vivir bien y a morir bien.

Aquí tenemos el primer atisbo de las transformaciones que Montaigne sufriría en la mente de sus lectores a lo largo de los siglos, a medida que cada generación le adoptase como fuente de ilustración y de sabiduría. Cada oleada de lectores encontraría en él más o menos lo que esperaba, y en muchos casos, lo que ellos mismos habían puesto. El primer público de Montaigne fue el del Renacimiento tardío, lleno de neo-estoicos y neo-epicúreos fascinados por la cuestión de cómo vivir bien, y cómo conseguir *eudaimonia* frente al sufrimiento. Le adoptaron como uno de los suyos, y le convirtieron en un bestseller. Y así colocaron los cimientos de toda su fama futura como filósofo pragmático, y como guía para el arte de vivir.

#### MONTAIGNE EN LA ESCLAVITUD

El truco de Montaigne de absorber a La Boétie en sí mismo, como una especie de fantasma o de corresponsal secreto de todo lo que hacía, parecía ir en contra de su plan de distraerse del sufrimiento. Pero a su manera, era una forma de distracción: le conducía lejos de los pensamientos de pérdida y hacia una nueva forma de pensar en su vida presente. Se abrió una brecha entre su punto de vista y el que imaginaba que habría adoptado La Boétie de modo que, en cualquier momento, podía pasar de uno a otro. Quizá eso fue lo que le dio la idea de que, como escribió en otro lugar, «somos, no sé cómo, dobles dentro de nosotros mismos».<sup>22</sup>

Montaigne mismo observaba que él quizá no hubiese escrito los *Essays* si no se hubiera abierto ese espacio en su interior. Si hubiese tenido «alguien con quien hablar», decía, quizá sólo hubiese publicado cartas, un formato literario más convencio-

nal.<sup>23</sup> Por el contrario, tuvo que representar su propio diálogo y el de La Boétie dentro de sí mismo. El crítico moderno Anthony Wilden ha comparado esta maniobra con la dialéctica amo/esclavo en la filosofía de G. W. F. Hegel: La Boétie se convirtió en el amo imaginario de Montaigne, ordenándole que trabajase, mientras que Montaigne se convirtió en el esclavo voluntario que los sostenía a ambos durante la tarea de escribir. Era una forma de «servidumbre voluntaria». De ello surgieron los *Ensayos*, casi como subproducto del truco de Montaigne para sobrellevar la pena y la soledad.

La muerte de La Boétie ciertamente dejó a Montaigne con alguna esclavitud literaria mucho más práctica, en forma de una pila de manuscritos no publicados. No eran especialmente inusuales ni originales, con la excepción de *De la servidumbre voluntaria* (suponiendo que en realidad fuese obra de La Boétie), pero merecían algo mejor que deshacerse convertidos en polvo. Ya fuese porque La Boétie se lo había pedido o por iniciativa propia, Montaigne se convirtió en editor póstumo del amigo, un papel muy exigente que dio fuerte impulso a su propia carrera literaria.

Sorprendentemente, considerando su carácter ordenado, los manuscritos de La Boétie al parecer estaban muy desordenados. En una de sus dedicatorias a la obra publicada, Montaigne habla de haber «recogido asiduamente todas las obras completas que encontré entre sus notas y papeles repartidos por aquí y por allá».<sup>24</sup> Fue una tarea formidable, pero encontró muchas cosas que valía la pena publicar, incluyendo los sonetos de La Boétie. También había traducciones de textos clásicos como las cartas de consolación de Plutarco a su mujer a la muerte de su hija, y la primera versión realizada en francés del *Economicus*, de Jenofonte, un tratado sobre la buena administración de propiedades y tierras, un tema de relevancia para Montaigne, que estaba a punto de dimitir del cargo en Burdeos.

Habiendo seleccionado los manuscritos, Montaigne envió a la imprenta una edición completa. Viajó a París para establecer contactos con los editores y promocionar el resultado. Para cada una de las piezas de La Boétie buscó a un patrocinador adecuado, elaborando elegantes y lisonjeras dedicatorias a

gente influyente como Michel de L'Hôpital y varios nobles de Burdeos, así como a su propia esposa, en el caso de la carta de Plutarco. Aunque la «epístola de dedicatoria» era un género convencional, las suyas son muy vivaces y personales. También añadió al libro un fragmento mucho más personal aún: su relato de la muerte de La Boétie. Toda la empresa confirma la sensación de que era colega literario de la memoria de La Boétie, y que ambos podían esperar un gran futuro juntos. Esto enseñó mucho a Montaigne sobre el mundo de la publicación y lo que gustaba leer a los parisinos modernos, información que le resultaría muy útil.

El relato de la muerte de La Boétie apareció en forma de carta al propio padre de Montaigne: una elección extraña. Quizá Pierre le hubiese instado a que lo escribiera. Ciertamente, ya había hecho algo similar en anteriores ocasiones. En torno a 1567 le hizo a su hijo un encargo literario que suponía un gran desafío y que contribuyó a convertirle en escritor.

Mediante ese primer encargo, parece que Pierre intentaba sacar a su hijo de una tendencia continua a la ociosidad. Fue otra de esas «trampas» infligidas para el beneficio de sus víctimas. Aunque ya andaba por los treinta y tantos años, Montaigne todavía tenía algo de adolescente enfurruñado. Estaba insatisfecho con su carrera como magistrado, no sentía inclinación alguna hacia la vida de cortesano, se mostraba despreciativo con la ley, e indiferente a la hora de construir y mejorar su propiedad. Además, a pesar de su interés por la literatura, no mostraba señales de escribir demasiado. Pierre quizá adivinase que él mismo no iba a vivir mucho y probablemente sintió que Montaigne necesitaba prepararse para las responsabilidades que pronto caerían sobre él. Necesitaba un desafío.

Micheau quería escribir: ¡muy bien, pues que escribiera! Pierre le tendió un volumen de 500 páginas en folio, escrito por un teólogo catalán más de un siglo antes, en un latín forzado, y dijo: «Tradúceme esto al francés cuando tengas un momento, hijo».

Ésta habría sido una buena forma de apartar a Montaigne de cualquier empeño literario de por vida; quizá era eso precisamente lo que intentaba hacer Pierre. Pero por suerte, sin em-

bargo, el libro era algo más que largo y aburrido. También defendía una rama de la teología que Montaigne encontraba detestable. Esto le despertó de sus ensoñaciones. Más que el trabajo en los manuscritos de La Boétie, y quizá más incluso que la elaboración de la carta en que describía los momentos de la muerte de su amigo, la tarea de la traducción de su padre encendió la chispa que un día ardería con fuerza en los *Ensayos*.

El libro se titulaba *Theologia naturalis, sive liber creaturarum* (Teología natural o Libro de las criaturas). Su autor, Ramón Sibiuda (también conocido como Ramón o Raimundo Sebunde, Sabunde, Sebond, etc.), lo había escrito en 1436, aunque no se publicó hasta 1481, mucho antes de la época de Montaigne y de la de Pierre.<sup>25</sup> Se lo entregó a Pierre uno de esos amigos aficionados a los libros que le gustaba cultivar, pero el latín era demasiado difícil para él, de modo que lo dejó a un lado, con una pila de documentos. Años más tarde buscó en aquella pila. Algo en el libro, quizá su inescrutabilidad densa y tozuda, le llamó la atención, y se lo dio a su hijo descarriado.

La decisión de Pierre de dejarlo a un lado cuando lo hizo, y de rescatarlo cuando lo hizo, quizá estuviese relacionada con el hecho de que primero la obra perdió el favor de la Iglesia, y luego lo recuperó otra vez. La *Theologia naturalis* estaba incluida en el *Índice de libros prohibidos* en 1558, pero luego la quitaron en 1564, porque promovía un estilo especial de teología «racional» sobre la cual la Iglesia iba cambiando de opinión. El debate estaba centrado en la aseveración de que las verdades de la religión se podían probar mediante argumentos racionales, o bien examinando las pruebas encontradas en la naturaleza. Sibiuda pensaba que se podían probar así, y eso le colocaba en el extremo opuesto de Montaigne y, durante un tiempo, de la Iglesia. Montaigne estaba más inclinado hacia una postura llamada fideísmo, que no confiaba en absoluto en la razón ni en la conducta humana, y negaba que los humanos pudiesen alcanzar el conocimiento de las verdades religiosas excepto mediante la fe. Montaigne quizá no notase un gran deseo de fe, pero sí que sentía una fuerte aversión hacia todos los fingimientos humanos... y el resultado era el mismo.

De modo que Montaigne se encontró con el trabajo de traducir 500 páginas de argumentos teológicos destinados a probar una afirmación que él deploraba. «Era una ocupación muy extraña y nueva para mí», aseguró. En los *Ensayos*, intentó que pareciese que se había aproximado a esa tarea de una manera informal. «Teniendo tiempo de ocio por casualidad en aquel momento», decía, «y siendo incapaz de desobedecer una orden cualquiera del mejor padre que jamás existió, me puse a la tarea lo mejor que pude».<sup>26</sup> Pero tuvo que ser un proyecto importante, que le costó un año o más de completar. Probablemente se sorprendió de lo mucho que sacaba de todo aquello. Le estimuló igual que un granito de arena estimula a una ostra. Todo el tiempo que estaba escribiendo, debía de pensar: «pero... pero...» e incluso: «¡No! ¡No!». Esto le obligaba a analizar sus propias ideas. Aunque no se cuestionase el texto profundamente en aquel momento, lo hizo cuando unos cuantos años más tarde recibió el encargo (probablemente de Margarita de Valois, la hermana del rey y mujer del protestante Enrique de Navarra) de escribir un ensayo defendiendo el libro; es decir, defendiendo una obra que él consideraba indefendible.<sup>27</sup>

Esto se convertiría en su «Apología de Ramón Sibiuda», el duodécimo capítulo del Libro II de los *Ensayos*. Es, con mucho, la pieza más larga del libro, casi absurdamente desproporcionada con respecto a lo demás. En la edición de 1580, los otros noventa y tres capítulos tienen una media de nueve páginas y media cada uno, mientras que la «Apología» ocupa 248 páginas. Estilísticamente, sin embargo, encaja a la perfección. Seduce al lector y entreteje complejos modelos de digresión igual que los demás, y otorga peso a los *Ensayos* en más de un sentido. Sin este capítulo, el libro habría tenido mucha menos influencia en los siglos venideros. Habría sido menos odiado por algunos, sí, pero también menos leído.

«Apología» significa «defensa», y en realidad el ensayo empieza como defensa de Sibiuda. Sigue así durante media página. Luego da un giro y se convierte en algo muy distinto: algo mucho más parecido a un ataque. Como dijo una vez el crítico Louis Cons, sostiene a Sibiuda «como la cuerda sostiene al ahorcado».<sup>28</sup>

¿Cómo es posible que se llame «apología», pues? El truco de Montaigne es sencillo. Pretende defender a Sibiuda contra aquellos que han intentado derrotarle usando argumentos racionales. Lo hace demostrando que los argumentos racionales «en general» son falibles, porque no se puede confiar en la razón humana. De modo que defiende a un racionalista contra otros racionalistas, aduciendo que cualquier cosa basada en la razón carece de valor. La defensa de Montaigne socava a los enemigos de Sibiuda, desde luego, pero también al mismo Sibiuda, más fatalmente aún. De eso él era muy consciente, claro está.

A pesar de su longitud y complejidad, el ensayo nunca deja de ser entretenido. Y esto se debe a que Montaigne usa una técnica tomada de Plutarco: construye su argumento acumulando casos de estudio. Historias y hechos se vuelcan en cada párrafo como flores surgiendo de una cornucopia. Casi todas las historias nos proporcionan un ejemplo de lo inútil que es la razón humana, de lo débiles que son los poderes humanos y lo tontos e ilusos que somos casi todos... sin exceptuar al propio Montaigne, como él mismo admite con total alegría.

Muchos de los propios ejemplos proceden también de Plutarco. Pero la fuerza motriz que se encuentra detrás de esa poco apologética «Apología» no es la de Plutarco, o no sólo es la suya. Viene de la tercera de las grandes filosofías helenísticas, la más extraña de todas: el escepticismo pirrónico.